

JUAN RODRIGUEZ DORESTE
BIBLIOTECARIO DEL MUSEO CANARIO DE LAS PALMAS

TRES RASGOS LACERANTES DEL ALMA CONTEMPORANEA

(LIBERTAD, SOLEDAD, ANGUSTIA)

(DISCURSO PRONUNCIADO COMO MANTENEDOR DE LOS
JUEGOS FLORALES DEL ATENEO DE LA LAGUNA DE
TENERIFE, EN EL TEATRO LEAL DE AQUELLA CIUDAD,
EL DIA 12 DE SEPTIEMBRE DE 1955)

L A H A B A N A , C U B A
1 9 5 6

A Saulo Torón, gran poeta, excelente
persona y extraordinario amigo, con toda
la vieja y entrañable amistad de

Mayo 23/54

Rodrigo



X

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>489339</u>
N.º Copia <u>489344</u>

**BIBLIOTECA
SAULO TORON**

JUAN RODRIGUEZ DORESTE
BIBLIOTECARIO DEL MUSEO CANARIO DE LAS PALMAS

TRES RASGOS LACERANTES DEL ALMA CONTEMPORANEA

(LIBERTAD, SOLEDAD, ANGUSTIA)

(DISCURSO PRONUNCIADO COMO MANTENEDOR DE LOS
JUEGOS FLORALES DEL ATENEO DE LA LAGUNA DE
TENERIFE, EN EL TEATRO LEAL DE AQUELLA CIUDAD,
EL DIA 12 DE SEPTIEMBRE DE 1955)

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA

L A H A B A N A , C U B A

1 9 5 6

SALUDO A LA LAGUNA

Señoras y señores:

En uno de sus más famosos poemas el gran poeta francés Carlos Beaudelaire, refiriéndose al rápido crecimiento de su París natal, decía:

*La forme d'une ville
change plus vite, hélas! que le coeur des mortels*

Si el poeta hubiera conocido y amado esta vieja ciudad de La Laguna habría tenido que desmentir su aserto. La forma de esta ciudad ha cambiado tan lenta, tan insensiblemente, como el corazón de los mortales y aún como su propio corazón. Su limpia traza de vieja ciudad castellana, con la sencilla cuadrícula de sus vías, donde sigue creciendo la hierba del invierno, conserva casi el mismo aspecto que encontrara y reprodujera Leonardo Torriani, el arquitecto cremonense que en 1590 envió a nuestras islas el rey Felipe II. “*Era entonces ésta —nos dice Torriani— una ciudad de mil hogares, los edificios bajos y melancólicos, con un largo de 1050 pasos andantes y un ancho de 1700*”. Vista desde el aire guarda La Laguna la misma estructura del plano antiguo y el paso de los siglos sólo se acusa en las excrescencias exteriores con que la ciudad ha ido cubriendo el lecho extinto de la gran charca que le confirió su nombre. Pero todo en su ámbito sigue luciendo el mismo aire antañón, la misma reposada arquitectura, el mismo sello de distinción y proceridad que le otorga categoría única entre todas las ciudades del Archipiélago. Y no es sólo su visible exterioridad la que ha permanecido casi inalterada. La vida aquí sigue teniendo, por ventura, ritmo más lento, andar más sosegado, incontaminada todavía de tantos morbos que ya conturban la existencia de otras

muchas ciudades de su tiempo. Aun su corazón íntimo se acelera preferentemente por estímulos de pura calidad espiritual. Todavía, al atardecer, cuando la llanura ancha y dilatada se envuelve en luces grises y cernidas que semejan fondos velazqueños, se ven cruzar por sus paseos umbrosos y recogidos las lentas siluetas de unos seres que siguen discutiendo un problema de métrica latina, una fiel traducción de Horacio o una justa interpretación de una cantata de Bach con la misma absorbente pasión de tiempos remotos. Como de su Salamanca cantara Don Miguel de Unamuno, pudiéramos también decir:

*¡Ay mi Laguna latina
con raíz gramatical!
¡Ay tierra que se declina
por luz sobrenatural!*

Por su luz, por su solera, por su “*tempo*” vital, por su estampa genuinamente española levemente teñida de acento criollo, por su historia y por su hospitalidad, la amamos tanto los canarios de Gran Canaria, la amamos tanto los hombres de mi generación.

Mi viejo amor se dobla hoy de gratitud al traerme su prestigioso Ateneo a esta tribuna tan prestigiada. Me abrumáis literalmente al invitarme a hablar ante vosotros sobre un escenario donde lucen, en su espléndida plenitud, algunos de los frutos mejores de vuestra tierra. A los cuales se une, honrándonos con su presencia, la suave y original belleza morena de una mujer, la señorita Y.M., de ilustre apellido, que si no poseyera ya, con la luminosa maravilla de sus ojos y la juvenil gracilidad de su cuerpo, títulos bastantes para rendir nuestra admiración, puede todavía invocar otro, para nosotros también entrañadamente afectivo: el de su nacimiento africano. Porque africanos somos también nosotros y nuestra islas sólo son, en su genuino origen geológico, como siete peñones desgajados del tronco antiguo y misterioso de su Mauritania nativa. Bien veo que es ello un truco ingenioso, de ático ingenio, como cumple a vuestra universitaria tradición: el mejor modo de soportar una soporífera disertación es encuadrando al orador sobre un fondo donde cinco bellísimas mujeres ofrecen, en la variedad de sus rostros, en la distinta luz de sus miradas, en la perfecta conjunción de sus encantos,

un halago distrayente para la vista y un mágico trampolín para aliviar los oídos.

UNA GENERACION PROBADA

Os hablé antes de los hombres de mi generación. Somos los que nacimos con el siglo o en la primera década del siglo, los que hemos rebasado o rondamos la cincuentena, una cincuentena bien cargada y bien densa, sin duda alguna, los cincuenta años de vida más intensa, febril y dramática que registra la historia del hombre. Y no digo humanidad, porque, como afirmaba Goethe, la humanidad es una abstracción. “Nunca ha habido —añadía— más que hombres, ni habrá más que hombres”. Recuerdo haber leído un episodio de la vida de Víctor Hugo, cuya veracidad no garantizo. Se celebraba su famoso jubileo: una gran fiesta en el Palacio del Eliseo. Concurrían a ella representantes de todas las naciones. El gran poeta se hallaba en el centro del salón, en actitud de estatua. Los representantes extranjeros se adelantaban a expresar su homenaje y eran anunciados por un ujier estentóreo: “El señor representante de Inglaterra”. Y Víctor Hugo, con voz de trémolo y ojos en blanco, decía: “Inglaterra, ¡ah! Shakespeare”. “El señor representante de España”. Víctor Hugo: “España, ¡ah! Cervantes”. “El señor representante de Alemania”. El poeta: “Alemania ¡ah! Goethe”. Pero entonces le llega el turno a un señor bajito, de aire exótico. El ujier anuncia: “El señor representante de Mesopotamia”. Víctor Hugo, muy seguro hasta entonces, pareció vacilar y trató de buscar en su memoria algún hijo ilustre del viejo país. Debió encontrarlo, recobró la serenidad y con el mismo tono solemne y convencido exclamó: “La Mesopotamia, ¡ah! la Humanidad”.

No es de esta humanidad abstracta y genérica de la que vamos a ocuparnos esta noche. Vamos a discurrir concretamente sobre algunos aspectos —más bien diríamos llagas— del alma de los hombres de hoy, del hombre contemporáneo. Mi generación siente profundamente los problemas de su tiempo, se preocupa hondamente por el destino del hombre, por el futuro de la condición humana, y no sólo porque en ello le vaya su propio destino. Transcurrió nuestra in-

fancia en los últimos años de lo que se ha llamado “*la belle époque*”, la que va aproximadamente desde la guerra franco-prusiana de 1870 hasta la primera guerra mundial de 1914. Vivía el mundo entonces en una especie de feliz despreocupación que sólo turbaban algún que otro incidente colonial, como el de Fachoda, alguna guerra minúscula en países que nos parecían remotos y alguna que otra contienda fragmentada, balcánica, mientras las grandes potencias de la época se afanaban en mantener lo que se llamaba “el equilibrio de poder”. Nuestra educación intelectual, y aun sentimental, se completó entre las dos guerras, cuando nacían los signos de lo que se ha denominado la decadencia de Occidente o la desintegración de la civilización occidental. Pero como somos españoles, y ello quiere decir precursores, ó como se dice ahora, “pioneros”, de tantos hechos nuevos en las letras, en las artes plásticas, y también ¡ay! en el dolor y en la guerra, habíamos experimentado antes que otros pueblos muchos de los problemas que comenzaron a inquietar la conciencia europea al terminar la primera contienda mundial. Nosotros sufrimos el desastre colonial, vimos descaecer nuestro país, sentimos en el espíritu el trallazo de la palabra fustigadora de aquellos hombres que fueron nuestros maestros —Unamuno, Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Angel Ganivet— y aprendimos a conocer el hombre, el amor y la sociedad por el nostálgico cauce de los versos de Antonio Machado y de Juan Ramón Jiménez, o la prosa desengañada de Pío Baroja y de Galdós. Por ello nuestra receptividad se halla tan aguzada; por ello nuestra sensibilidad, de raíces tan profundamente liberales en su más amplio sentido humano, se encuentra ahora tan conturbada.

Cuando nuestra dolorida mirada peregrina como un reflector sobre el panorama del mundo actual y aplicamos la luz de nuestro juicio y la escala ideal de nuestros valores al dramático relieve que aquél nos ofrece, vemos saltar, como piezas cobradas en un breñal, los perfiles de unos cuantos rasgos del ánimo contemporánea, capaces por sí solos de darnos una filiación de su circunstancia espiritual, como la fauna montaraz pueda dárnosla de la circunstancia física de un país. De todos estos rasgos que enfoca nuestra atención tan sólo tres nos ocuparán esta

noche. Pero aunque los tres no sean esencialmente privativos de nuestra época, sí son esclarecedoramente sustantivos, los tres constituyen algunas de las constantes dramáticas que confieren timbre propio a este Proteo cambiante que es la voz de nuestro siglo: el ansia de libertad, el sentimiento de soledad y la angustia de la destrucción. Forzado será que para estudiarlos hayamos de atravesar por zonas del espíritu donde no todo es grato y confortador. La verdad obliga a tales sacrificios. En cierto modo puede que nos ocurra lo que otro escritor rival decía a propósito de Emile Zola. Se afirmaba delante de él que las novelas de Zola, tan crudas y descarnadas, no podían ser reales, no podían reflejar la verdad. Y comentó el escritor: —“Sí, sus novelas son el reflejo de la realidad. La lástima es que él viva en un barrio tan sucio...”

En nuestra empresa, y como mágicos trujimanes, van a ayudarnos tres grandes poetas. Después de cada uno de nuestros someros análisis la voz de un poeta vendrá a levantar ese eco de mil resonancias expresivas e iluminadoras que sólo es capaz de alcanzar la poesía. “La poesía debe tener por objeto la verdad práctica” ha dicho uno de ellos, Paul Eluard. Y aunque este sentido pragmático pugne un poco con el viejo concepto de la misión del poeta, el hecho es que esta noche nos servirá para rendir con su solo sonido, como las bíblicas trompetas de Jericó, con su desnuda y limpia eficacia verbal, el corazón, el secreto o la expresión de estos dramas del alma contemporánea que todos vivimos. Desde los tiempos más remotos ha desempeñado el poeta en la sociedad un papel excepcional. No sólo era el narrador, el que conservaba y transmitía la leyenda, prefigurando la historia. Era también el profeta, el adivino, la encarnación de la voz del pueblo, voz de Dios. ‘Los poetas —ha escrito Ernesto Prévest, delicado poeta— no pueden saberlo todo, pero deben adivinarlo todo’. El poeta posee un sexto sentido, quizás de entrañado origen metapsíquico, que le permite captar y traducir en ondas de infinita resonancia cuanto hiere y alcanza el ancho cordaje de su sensibilidad, desde la leve vibración de una hoja al horrendo fragor de una explosión. Recordemos a Juan Ramón Jiménez:

*Todo el otoño, árbol,
en esa hoja tuya
que cae.
Todo el dolor, niña,
en esa gota tuya
de sangre.*

Así en el poema, en la brevedad de sus líneas, en la cadencia de su musicalidad, en su sentido alusivo, cabe todo, el otoño con sus hojas caducas, el dolor con su gota de sangre, el ansia de libertad con su ala rota, el sentimiento de soledad con su evasión mística, la angustia de la destrucción con su horror petrificado.

EL SENTIMIENTO DE LIBERTAD.

¿Qué es el alma contemporánea, a qué cuerpo específico pertenece? Para abreviar etapas digamos que al hablar del alma contemporánea —confundiendo expreso y sólo a estos fines la dualidad de alma y espíritu— nos referimos al espíritu de nuestra civilización occidental, al de nuestra específica cultura occidental.

El concepto de cultura o civilización occidental es bien moderno. Si no descubierto plenamente en nuestro siglo, porque tiene precursores tan clarividentes como Goethe, ha sido articulado formalmente en nuestros mismos días. Oswald Spengler, el gran historiador alemán desaparecido, en su obra *La decadencia de Occidente*, fué el genial formulador de esta nueva concepción de la historia, de la historia como opuesta a la naturaleza, que ha revolucionado el estudio del paso del hombre por la tierra. “En lugar de la monótona imagen de una historia universal en línea recta, arbitrariamente dividida en Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna —dice Splengler— y que sólo se mantiene porque cerramos los ojos ante el número abrumador de los hechos, veo yo el fenómeno de múltiples culturas poderosas, que florecen con cósmico vigor en el seno de una tierra madre, a la que cada una de ellas está unida por el curso de su existencia”. Estas distintas culturas poseen una vida independiente de las razas, de las naciones o de las “fuerzas vitales” que las llevan en sí. “Cada una de estas culturas imprime

a su materia, que es el hombre, su forma propia; cada una tiene su propia idea, sus propias pasiones, su propia vida, su querer, su sentir, su morir, propios” (Spengler). En su vida respectiva estas culturas, que son como verdaderos organismos —Ortega dice que la cultura es un modo orgánico de sentir y pensar— tienen su nacimiento, atraviesan la juventud y la madurez y caen inexorablemente en la decrepitud, en lo que Spengler llama “Untergang”, consunción, decadencia o ruina, que es la misma palabra que los alemanes aplican a la puesta del sol. Ya Goethe, que odiaba la matemática, percibía la oposición entre el mundo como mecanismo y el mundo como organismo, entre la naturaleza muerta y la naturaleza viva, entre la ley y la forma. Pero todas las fases y períodos necesarios de la vida de una cultura, de toda época, poseen una duración, se registran en el tiempo en ciclos, que como la propia vida, son elementos de un ciclo mucho más amplio que se extiende sobre siglos y milenios. Y la atención de Spengler se fija en esos períodos de cincuenta años, precisamente de cincuenta años, que en todas las culturas constituyen el ritmo del acontecer político, espiritual y artístico.

Spengler enumera hasta nueve culturas cuya existencia ha ido llenando el tiempo histórico. Las tres de mayor entidad histórica son, para él, la antigua o clásica, la occidental y la árabe, a cuyas almas respectivas califica de “apolínea”, porque su ideal es el cuerpo singular, presente y sensible; “faústica”, cuyo símbolo primario es el espacio puro, sin límites, y “mágica”, la de la cultura árabe que toma, interpreta y hereda formas. Nosotros estamos inmersos en la cultura occidental, la de alma “faústica”, la que posee una existencia conducida con plena conciencia, una vida que se vé vivir a sí misma, un concepto personal de las memorias y de las reflexiones, perspectivas y retrospecciones de la conciencia moral.

Con este concepto orgánico de la cultura spengleriana coincide inicialmente el gran escritor inglés Arnold Toynbee, el mayor historiador de nuestro tiempo. Como Spengler, Toynbee ve también las culturas, que ya él llama civilizaciones, como organismos pululantes en el gran plasma del tiempo. Sólo que Toynbee, en su monumental obra “*A Study of history*” —cuyos

cuatro últimos tomos han visto la luz a mediados de 1954 después de un silencio de quince años sobre el último de los seis anteriores— se niega a admitir la inexorabilidad fatal que lleva a la ruina a todas las culturas, y las hace depender mucho más estrechamente de la voluntad del hombre y de la gracia de Dios. Toynbee enumera veintiuna civilizaciones completas, y tres abortadas, donde Spengler estudia solamente nueve. En nuestros mismos días hace convivir la civilización occidental, a que pertenecemos, con otras cuatro de la misma especie: la cristiana ortodoxa del S.E. de Europa y Rusia; la sociedad islámica que llega desde el Norte de Africa a la cara exterior de la gran muralla de la China; la sociedad hindú en el subcontinente tropical de la India y una sociedad del Lejano Oriente en las regiones subtropicales y templadas entre la faja de los desiertos y el Pacífico. Los dos grandes historiadores divergen ligeramente al fijar la época en que nace la civilización occidental: Spengler la hace surgir en las llanuras nórdicas, entre el Elba y el Tajo, al despuntar el estilo románico en el Siglo X. Para el historiador inglés nuestra cultura nace de la partición que Carlomagno hiciera de sus dominios entre sus tres nietos, en virtud del Tratado de Verdún, en el año 843 D.C. La porción de Lotario, que comprendía las ciudades de Aquisgrán y Roma, fué el embrión de nuestra sociedad. Volveremos después sobre las conclusiones que formula Toynbee en su último libro sobre el porvenir de nuestra civilización. El plan de su obra, su sistemática y su filosofía, son completamente distintos al del trabajo de Spengler, pues al dar en el juego de las fuerzas vitales una mayor preponderancia a la voluntad humana, y tras ella, gigantesca y proyectada, a la gracia divina, su actitud final es más esperanzadora, más optimista, en cuanto al futuro del hombre.

La actitud optimista o pesimista de cada historiador parece proceder, más que de los sucesos que comentan, del propio carácter individual. Spinoza decía: “No es por estar caldeado, confortado, por lo que estoy contento; sino que, por estar contento, estoy caldeado”. Sin duda habréis oído contar la historia de dos ranas, una optimista y otra pesimista, que caen al mismo tiempo en dos jarras de leche. La rana pesimista dice: —“No puedo salir de esta jarra porque sus paredes son muy abruptas,

no puedo respirar dentro de la leche, voy a ahogarme, estoy perdida”. Y, en efecto, se ahoga, se muere. La rana optimista no sabe tampoco qué hacer, pero como es optimista lo intenta todo y se agita en todos los sentidos. Bate la leche con tal vigor que pronto se transforma en manteca y la rana se encuentra al final respirando tranquila sobre una pella sólida.

Sean cuales fueren los límites que atribuyamos a nuestra civilización occidental, es indiscutible que, como dice Georges Duhamel, la civilización representa para los grupos humanos un estado de equilibrio en el cual las fuerzas de construcción predominan sobre las fuerzas de ruina, el orden sobre el desorden y la vida sobre la muerte. Se dice que nuestra civilización está en crisis. La palabra “crisis” viene de un vocablo griego que significa “juzgar”. Ello quiere decir que para el hombre occidental ha llegado un momento en que debe juzgar la evolución de los fenómenos para buscarles una solución. Es indudable que nuestra civilización está en crisis porque los elementos materiales o temporales han alcanzado una preponderancia monstruosa sobre los elementos espirituales o morales. La ciencia y la técnica han procurado a los hombres, en menos de 50 años, un poder casi ilimitado. Al servicio de posibles ambiciones nacionales este poder es, por ahora, temerario, presto a convertirse en mortal para todo el planeta.

Nada ilustra mejor el progreso de los elementos materiales de nuestra civilización que el adelanto en las comunicaciones. “En el siglo XX —dice Paul Morand— sólo hemos inventado un vicio nuevo, pero un vicio de talla: la velocidad”. Y en uno de sus libros narra esta escena, certeramente profética:

—“Mamá— dice un hijo, que habita en París —me voy a la India.

—Pues llévate la merienda,— le recomienda sencillamente su madre.”

Como consecuencia de este enorme progreso, las condiciones de la vida humana han sido profundamente transformadas. En un día, en un mes, en un año de la existencia del hombre contemporáneo cabe un número de actividades infinitamente mayor que en igual período de hace un siglo. Ello le da a la vida una

sensación de fugacidad, de incoherencia y de inestabilidad que se inserta como una de las raíces de nuestro presente desasosiego. Se hace verdad el viejo verso de Boileau: "El momento en que hablo está ya lejos de mí". El concepto de la distancia también se ha revolucionado. La distancia no se mide útilmente sino por el tiempo que se emplea en recorrerla. Se nos presenta con un cierto sentido adivinatorio de este hecho moderno una costumbre de la Vieja China, de la civilizadísima vieja China. Los caminos de aquel país tenían dos clases de kilómetros, es decir, de medidas para las distancias: uno más corto cuando se bajaba y otro más largo cuando se subía.

El tamaño del mundo se ha reducido, se ha empuerqueñecido. El motor de explosión ha acabado prácticamente con el aislamiento geográfico. Si Fileas Fogg, el famoso personaje de Julio Verne, quisiera dar ahora la vuelta al mundo que en 1870 le ocupó ochenta días, tardaría justamente unos tres días y medio. A menos que tuviera que obtener los pasaportes, los visados de salida y entrada. Entonces, probablemente, el viaje le ocuparía muchos meses.

Y hemos puesto el dedo en la llaga de uno de los problemas del mundo contemporáneo. Las naciones se recluyen en sí mismas. Cuando todo contribuye a hacerlas penetrables y cercanas, el avión, la radio, que prácticamente han abolido las fronteras, sobre la tierra firme se teje un laberinto de corazas, de blindajes, de telones de acero o de papel que embarazan cada vez más los libres movimientos del hombre. El buen proteccionismo patriarcal de los tiempos de Bismarck ha quedado superado. Sin elevar las tarifas aduaneras, los gobernantes han ideado un diabólico sistema aislador que se enmascara bajo nombres tan eufónicos como "Cuotas de importación" y "Oficinas de control de cambios", las cuales ponen al comercio internacional y al libre paso de los hombres obstáculos más eficaces que las grandes murallas de la China.

Todo ello ha hecho que el europeo haya empezado a sentirse recluido. A esta sensación de claustrofobia se sumó poco a poco la creciente presión interior. El Estado moderno, típico fruto de la civilización occidental, ápice de una lenta evolución histórica que comienza en el Estado-ciudad, en los siglos XIII

y XIV, se convierte en el Estado contemporáneo, idolizado, absorbente, el Estado tutelar, defensor, instructor, previsor, asistencial, patrono, casero, que acaba haciéndonos evocar la irritada definición de Nietzsche: “El Estado es un monstruo frío que exclama: Yo, el Estado, soy el pueblo”. Y que provoca también la fina afirmación de Paul Valéry: “El Estado, amigo de todos, enemigo de cada uno”. ¡Qué lejos estamos ya de la aberración del famoso “El Estado, soy yo”, de Luis XIV de Francia, que no deja nunca de provocar en nosotros el paralelo recuerdo de aquella esclarecedora respuesta de Gustavo Flaubert cuando le preguntaron quién era Madame Bovary, su famoso personaje novelesco, y contestó: “La señora Bovary, soy yo”!

Y van apuntando así, en esta doble sensación de encierro dentro del universo y dentro de nuestro propio mundo cercano, los primeros signos de la compleja etiología de una de nuestras llagas: el sentimiento obsesivo, el ansia de libertad. En amplias zonas del mundo jamás en los tiempos modernos ha gozado el hombre de menor libertad. Aunque, por curiosa paradoja, jamás ha producido exteriormente mayor sensación de libre movilidad. Si cayera ahora en la tierra Micromegas, el pintoresco personaje de Voltaire que habitaba el planeta Júpiter, lo que más le sorprendería, antes que la minúscula pequeñez de nuestro astro y de sus medidas, sería la aparente libertad de movimientos de los humanos, y sin duda también el uso continuo, descomedido, multiplicado por las mil lenguas de nuestra Babel, de esta ilusoria palabra de libertad. Pero es que Micromegas ignoraría que junto al vicio nuevo de la velocidad, los hombres han dado en la viciosa costumbre de la desorbitada publicidad. Aunque fuerza es reconocer que, por exacerbado que esté hoy, es éste un hábito tan antiguo como el mundo y bien indispensable en el comercio humano, pues, como decía Lamartine, hasta Dios tiene necesidad de campanas.

La última guerra mundial, con su trágica estela de campos de trabajo y de concentración, contribuyó poderosamente a llevar a una tensión extrema el anhelo universal de libertad. “La dura limitación del cuerpo humano es aterradora”, ha escrito Kafka, el desventurado escritor checo de habla alemana. Para el dolor, sin embargo, el cuerpo humano no ha parecido tener límites en

aquellos años que todos hemos vivido con la mirada petrificada de asombro. De todos los países europeos Francia fué, quizás, la más probada por el sufrimiento. Al daño material de la repetida destrucción y al quebranto moral de la derrota, se sumó la viscosa humillación de los cuatro años en que el enemigo la ocupara. De la masa anónima, igualada por el rasero del padecimiento, brotó entonces como en toda ocasión semejante, la voz del poeta, que es la voz misma de su país, su palabra íntima, la expresión de su libre y auténtica existencia espiritual. El poeta transforma la palabra sencilla del pueblo en verdadera poesía, pues que en ella se encierra siempre latente, no de otra suerte que se encierra el fuego del cielo en la más humilde piedra de un camino.

Paul Eluard, compañero de Breton y de Péret, que vivieron aquí en Tenerife, supo estar a la altura de su misión y de su hora. Para él los sueños del poeta no son sentimientos del tiempo pasado, sino proyecciones hacia el tiempo que vamos a vivir, la adivinación cada vez más clara de los caminos por donde todos los hombres habrán de penetrar. Beaudelaire decía que la verdadera poesía es “la negación de la iniquidad”. El poeta deberá ser, pues, un hombre justo, que no se conformará con sufrir la injusticia, sino que habrá de ayudar a suprimirla. En el poeta debe refugiarse no sólo la “nostalgia de la justicia”, sino la esperanza del mundo.

La conducta del poeta ha de ser fuente de inspiración para la conducta de los demás. “El poeta es el que inspira, más bien que el inspirado”; “su principal cualidad no es evocar, sino inspirar”.

Con el parvo instrumento de la palabra cotidiana compuso Paul Eluard uno de los más bellos poemas de este siglo —y quizás de todos los siglos—, digna expresión del ansia de libertad que en aquella sazón desvelaba a su pueblo y que sigue siendo, hoy, como una llaga viva en la conciencia contemporánea. Voy a transcribirlo en mi inhábil traducción:

LIBERTAD

Sobre mis cuadernos de escolar
sobre mi pupitre y los árboles

sobre la arena sobre la nieve
escribo tu nombre.

Sobre todas las páginas leídas
sobre todas las páginas blancas
piedra sangre papel o ceniza
escribo tu nombre.

Sobre las imágenes doradas
sobre las armas de los guerreros
sobre la corona de los reyes
escribo tu nombre.

Sobre la jungla y el desierto
sobre los nidos sobre las retamas
sobre el eco de mi infancia
escribo tu nombre.

Sobre las maravillas de las noches
sobre el pan blanco de las jornadas
sobre las estaciones desposadas
escribo tu nombre.

Sobre todos mis retazos de azul
sobre el estanque sol enmohecido
sobre el lago luna viva.
escribo tu nombre.

Sobre el fruto cortado en dos
del espejo y de mi cuarto
sobre mi lecho concha vacía
escribo tu nombre.

Sobre mi perro goloso y tierno
sobre sus orejas derechas
sobre su pata desmañada
escribo tu nombre.

Sobre el trampolín de mi puerta
sobre los objetos familiares
sobre la onda del fuego bendito
escribo tu nombre

Sobre toda carne concedida
sobre la frente de mis amigos
sobre cada mano que se tiende
escribo tu nombre. -

Sobre el cristal de las sorpresas
sobre los labios atentos
muy por encima del silencio
escribo tu nombre.

Sobre los campos sobre el horizonte
sobre las alas de los pájaros
y sobre el molino de las sombras
escribo tu nombre.

Sobre cada tufarada de aurora
sobre la mar sobre los barcos
sobre la montaña
escribo tu nombre.

Sobre la espuma de las nubes
sobre los sudores de la tormenta
sobre la lluvia espesa y sosa
escribo tu nombre.

Sobre las formas centelleantes
sobre las campanas de los colores
sobre la verdad física
escribo tu nombre.

Sobre los senderos despiertos
sobre las rutas desplegadas
sobre las plazas desbordantes
escribo tu nombre.

Sobre la lámpara que se enciende
sobre la lámpara que se apaga
sobre mis casas reunidas
escribo tu nombre.

Sobre mis refugios destruidos
sobre mis faros desplomados
sobre los muros de mi hastío
escribo tu nombre.

Sobre la ausencia sin deseos
sobre la soledad desnuda
sobre los peldaños de la muerte
escribo tu nombre.

Sobre la salud recuperada
sobre el riesgo desaparecido
sobre la esperanza sin recuerdos
escribo tu nombre.

Y por el poder de una palabra
vuelvo a comenzar mi vida
He nacido para conocerte
para nombrarte.

Libertad.

EL SENTIMIENTO DE SOLEDAD Y LA EVASION RELIGIOSA.

En uno de sus más luminosos ensayos, incluídos en el sexto tomo de "El Espectador", Ortega y Gasset estudia, con breve y enjundiosa concisión, los signos de una nueva vuelta hacia Dios, de una nueva presencia de la gran ciencia de Dios en el mundo del pensamiento moderno. Viene a decir en síntesis el maestro que del mismo modo que en la órbita de la tierra hay parhelio y perihelio, un tiempo de máxima aproximación al sol y un tiempo de máximo alejamiento, algo semejante acontece en la órbita de la historia con la mente respecto a Dios. Hay épocas de *odium dei*, de gran fuga lejos de lo divino, en que —son sus propias palabras— "esta enorme montaña de Dios llega casi a desaparecer del horizonte". Pero, al cabo, vienen ocasiones en que súbitamente emerge a sotavento el acantilado de la divinidad, y entonces, desde la cofa, grita el filósofo: ¡Dios a la vista!

Según Ortega, a una época de agnosticismo —actitud que consiste en no querer saber ciertas cosas, y que aun sabiendo que la realidad inmediata no es la realidad completa, se desentiende de toda otra realidad trascendente,— sucede una época de gnosticismo, que sólo considera como existente lo ultramundano y busca por todas partes un resquicio para la evasión.

Aunque el ensayo data del año 1926 no deja de ser sorprendente el acierto premonitorio con que el filósofo enjuicia una fase del movimiento pendular del alma humana que en estos últimos años alcanza su máxima elevación. Pero no es sólo como él registraba la vuelta a un Dios ajeno a toda religión positiva, premisa de todo principio y frontera de todo final; no es sólo la vuelta a un Dios hipotético, necesario para coronar una explicación científica, según antes y contrariamente había sido para Laplace una hipótesis innecesaria. El Dios cuya vista vienen ya señalando hace muchos lustros los semáforos espirituales del mundo moderno, es el Dios de las religiones, es concretamente el Dios del cristianismo. Asistimos ahora en Europa y América, es decir, en los países de cultura occidental, a una reavivación de la fé religiosa que alcanza a zonas cada vez más anchas y elevadas del pensamiento contemporáneo. Bastará

la ligera enumeración, en modo alguno exhaustiva, de unos cuantos grandes nombres de escritores contemporáneos para calibrar la importancia, y sobre todo la significación, de este movimiento espiritual. En Inglaterra nos limitaremos a mencionar los nombres gloriosos, ya desaparecidos, de Chesterton e Hilaire Belloc, junto a las grandes figuras vivas del gran novelista Graham Greene y del mejor poeta actual de habla inglesa, Thomas Eliot. En Francia encabezan una lista nutridísima los nombres gloriosos de Charles Peguy y Paul Claudel, poetas los dos, a los que siguen Francis Mauriac, Gabriel Marcel, Jean Guitton, Julien Green, Daniel Rops, Gilbert Cesbron, etc. En los Estados Unidos se congrega hoy el núcleo católico prácticamente quizás mayor del mundo y asistimos también en esa gigantesca nación al fenómeno de las conversiones en masa obradas por la eficacia publicitaria, el genio oratorio y la auténtica piedad del Reverendo Billy Graham, fundador de una sociedad anónima para la propagación de la fé evangelista, una de las ramas del prolífero protestantismo norteamericano.

Asumiendo formas más o menos recatadas, más o menos espectaculares, es indudable que asistimos a una reavivación del sentimiento religioso en amplias zonas del Occidente. Es un signo externo del alma contemporánea cuyos orígenes son muy complejos. Pero es indiscutible que una de las causas determinadoras de este creciente fervor espiritual, más directamente vinculada a la específica situación del hombre de hoy frente a su actual circunstancia, es el sentimiento de su soledad. La opresión vital, su embarazo frente a un horizonte cada vez más constrictivo, excita en el hombre el ansia de libertad, de libertad moral y de libertad física. Pero el sentimiento de la soledad, que es también un sentimiento de indefensión, no suele volcarse por otros cauces que los de la evasión mística, por el lecho pedregoso que conduce a la recreación de una conciencia religiosa.

Los místicos nos hablan de la noche oscura del alma, tema favorito de San Juan de la Cruz. La fé exige o se crea esta noche, que debe ser la ausencia de toda luz natural y el reino de esas tinieblas que sólo pueden disipar luces sobrenaturales. Sólo a través de ella puede llegarse "a la más alta contemplación".

*En una noche oscura
con ansias de amores inflamados
— ¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada
estando mi casa sosegada.*

Pero es también frecuente que en el alma contemporánea los meandros del camino que guía hacia la gracia tengan a veces oscuros orígenes de rebeldía. Un escritor francés, Albert Camus, ha analizado con suma penetración en un libro famoso "*L'homme revolté*" —El hombre en rebeldía— ese aspecto del alma contemporánea. El hombre de hoy tiene la oscura certidumbre de que estamos ahora en el tiempo de la premeditación y el crimen perfecto. Las guerras modernas, las persecuciones políticas —y como dice el propio escritor— "los campos de esclavos bajo la bandera de la libertad, los asesinatos en masa justificados por el amor al hombre o por el advenimiento del superhombre", inhiben el juicio, hacen totalmente imposible todo juicio. El crimen se adorna hoy con los despojos mortales de la inocencia que sacrifica. El crimen se ha dado a sí mismo una doctrina, se razona a sí mismo, prolifera como la propia razón y toma todas las figuras del silogismo. El crimen era solitario como el grito —afirma Camus. Hoy es universal como la ciencia. Una época que en cincuenta años desarraiga, subyuga o mata a setenta millones de hombres, debe ser juzgada, mas para juzgarla hay que comprender antes su culpabilidad, tratar de explicarla. Pero el hombre moderno no acierta a explicársela. No le sirven ni la reducción al absurdo, ni la duda metódica de Descartes para responder a las preguntas del siglo. Pero si yo grito que no creo en nada, que todo es absurdo —se dice a sí mismo el hombre de hoy— no puedo dudar de mi grito y debo creer al menos en mi protesta. La única evidencia que se me da es la rebelión. La rebelión nace del espectáculo de la sinrazón, ante una condición injusta e incomprensible. La única actitud humana posible es, pues, inicialmente, la rebeldía.

Al adquirir conciencia de la culpabilidad humana, de la culpabilidad del género humano, silenciosa o resonante, el hombre moderno se convierte, pues, en un rebelde. Si esta rebeldía fermenta en un alma apasionada puede llegar a romper sus

propios diques y verterse en el suicidio, que ya defendía Lau-tréamont, el gran poeta maldito del siglo pasado. Pero antes de llegarse al suicidio puede pasarse por el estado intermedio de la locura, término también de una rebeldía permanente. Recordemos al infortunado Vicente Van Gogh, pintor inmenso, rebelde sofrenado, suicida demente. En sus ratos de irónica y desesperanzada lucidez solía decir:

—“Cada vez creo más firmemente que no debemos juzgar al buen Dios por este mundo infeliz. Es tan sólo un estudio que le salió mal”.

Pero también se da el caso frecuente de que el rebelde, el que no acierta con la clave del enigma, sublime su rebeldía, serene su actitud airada y experimente entonces una gran sensación de soledad, soledad frente a un mundo incomprensible, frente a una fraternidad que se le niega, frente a un amor que se esquivo, frente al crimen como razón de Estado, frente a un semejante hermético, encerrado en sí mismo, frente a un ciego sectarismo intolerante. El solitario sólo ve ante sí, siempre igual a sí misma pero siempre renovada, en su viva alternancia de fecundidad y reposo, a la naturaleza, creación de Dios. Y se obra en su espíritu la sublimación definitiva. Por la mágica escala de su soledad entrañada el hombre sube hacia la divinidad, como el místico llega a la suprema luz a través de la noche oscura de su alma, a través de un reino de tinieblas que sólo disipa —como dice San Juan de la Cruz— la luz sobrenatural “de la más alta contemplación”. “Sólo en la soledad —ha escrito Miguel de Unamuno— rota por ella la espesa costra del pudor que nos separa a unos de los otros y a todos de Dios, no tenemos secretos para Dios; sólo en la soledad alzamos nuestro corazón al Corazón del Universo; sólo en la soledad brota de nuestra alma el himno redentor de la confesión suprema”. He aquí, esquemáticamente simplificado, el proceso de lenta adquisición de la conciencia religiosa que a través de los ásperos senderos de la soledad y de la rebeldía tantas veces se ha cumplido en el hombre contemporáneo.

Apenas dispone la literatura de este siglo de obras en las que este singular proceso pueda seguirse con el abreviado esquematismo que yo he empleado en mi descripción. Hay, eso sí,

casos ejemplares como el del sacerdote de "El poder y la gloria" del novelista católico Graham Greene. En este libro admirable se narra, más que un proceso de conversión, una dramática peripecia de recuperación de la gracia por un sacerdote que se sacrifica expiatoriamente en un acto de suprema inmolación. Pero existe una obra poética de extraordinaria calidad, de altísimo timbre personal, la del poeta inglés Thomas Stearns Eliot, a través de la cual, si no las etapas de una fé nueva o readquirida, se sigue al menos el curso de una creciente convicción religiosa. En uno de sus primeros poemas "Warren Land" —Tierra baldía— el poeta habla, con acento amargo, donde todavía no hay atisbos de religiosidad, de una tierra que se ha vuelto árida por la infertilidad de su monarca. Pero a partir de esta obra, toda la producción sucesiva va ganando en intensidad de convicción hasta llegar con el poema llamado "East Coker" a alcanzar alturas líricas transidas de un tembloroso misticismo. Dos o tres veces resuenan en el poema los ecos de versos de San Juan de la Cruz:

*Para venir a lo que no sabes
has de ir por donde no sabes.
Para venir a lo que no posees
has de ir por donde no posees.
Para venir a lo que no eres
has de ir por donde no eres.*

Y el poeta inglés acaba con un verso que podrían suscribir igualmente San Juan o Santa Teresa.

En mi fin está mi principio.

Pero este gran poeta es también un genial dramaturgo. Y entre sus obras teatrales hay una en que la peripecia dramática se centra sobre todo en unos problemas humanos derivados del sentimiento de soledad. Soledad de unas almas en conflicto que resuelven o liquidan su particular situación humana volviendo los ojos hacia Dios, bien en una auténtica dedicación total de la existencia, bien recurriendo a soluciones que responden a un estricto concepto católico de la existencia. Se trata del extraordinario drama "Cocktail Party". Como aún no ha sido traducido al castellano, que yo sepa, y sólo es conocido en reducidos

sectores literarios, os haré un breve bosquejo de la obra, privado naturalmente de los matices del diálogo, de la belleza del verso —un verso largo sin rima pero con hondo ritmo interior—, del lenguaje depurado en que cada palabra está como engarzada en su justo contexto.

En casa de Eduardo se celebra un “party”. Pero su mujer Lavinia, se halla ausente. Aquel mismo día lo ha abandonado. Eduardo, que no ha podido eludir el compromiso social, busca fútiles excusas a la ausencia de su esposa. Entre los invitados está Celia, amante de Eduardo, más joven que él, y Pedro, enamorado de Celia pero no amado por ella. Hay además un huésped misterioso, que es en la obra algo así como la conciencia viva de cada personaje, que le ayuda a devanar su propia madeja espiritual. El huésped misterioso promete a Eduardo que Lavinia habrá de regresar y Eduardo, que cree no amar a su mujer, empieza a desear que vuelva. Celia reprocha a Eduardo el interés que de pronto éste muestra por su propia esposa y descubre que Eduardo no la ama. Celia sufre con ello como una dolorosa amputación. Lavinia regresa y su vuelta sólo sirve para avivar la lucha entre dos seres que no se comprenden. Pero un amigo les prepara una visita a casa de un Doctor que resulta ser el huésped misterioso. En presencia uno del otro, el médico les hace confesarse, poner al desnudo su graves flaquezas. Eduardo descubre que también Lavinia le era infiel con Pedro, pero que también, como él, el abandono del amante la ha sumido en profunda soledad. Eduardo exclama:

*Había una puerta y no podía abrirla
¿Cómo podría no salir de mi prisión?
¿Qué es el infierno? El infierno es uno mismo.
El infierno es la soledad y las otras figuras
son meras proyecciones.
No hay de donde escapar
ni nada adonde escapar.
Uno está siempre solo.*

Los dos están solos porque no aciertan a conjugar las cualidades diferentes que pudieran convertirlos en una pareja feliz. Los dos sufrían de la misma soledad, de la misma incomprensión. El uno creía no poder amar, ser incapaz de amar y la otra creía

que no podía ser amada, que no podía inspirar amor. Pero la confesión les revela mutuamente su respectiva laceración. La conciencia de sus pecados reconocidos y perdonados les permite partir juntos para intentar una nueva vida. Pero la más angustiosa soledad de todas es la de Celia, que ve hundirse su amor y se encuentra de pronto desasida de todo, como una pavesa flotante. También ha percibido de pronto el abismo de su profunda soledad. Pero hay en ella un ansia por algo que no puede encontrar. El doctor, que es como la voz de su conciencia, le sugiere que hay una fé, “una clase de fé que nace de la desesperanza”, que lleva por un camino solitario, no más solitario que los demás, pero los que toman ese otro camino pueden olvidar su soledad. Ella no podrá olvidar la suya: un camino que significa soledad y comunión.

Celia profesa. Eduardo y Lavinia se reconcilian. Vuelve a celebrarse el mismo “party” con que empieza la obra. Hasta allí llega pronto la noticia de que Celia ha muerto en tierras salvajes asistiendo a sus enfermos. Eduardo y Lavinia se creen responsables de aquella muerte. Pero el doctor les advierte:

—“Si todos fuéramos juzgados por las consecuencias de todas nuestras palabras y de nuestros actos, más allá de su intención y más allá de nuestro entendimiento de nosotros mismos y de los demás, todos seríamos condenados.”

El drama de la desamparada soledad de aquella mujer se resuelve, como en tantos casos semejantes, por un camino de evasión mística donde, concluye el poeta, “puede evitarse la desolación final de la soledad en este mundo fantasmal de la imaginación en que sólo barajamos recuerdos y deseos”.

LA ANGUSTIA DE LA DESTRUCCION.

Alcanzamos ahora este tercer misterio de dolor del alma contemporánea. Nuestro siglo ha exacerbado poderosamente dos sentimientos, ya conocidos y analizados antes de ahora, pero cuyo estudio se ha perfilado muy recientemente: el sentimiento de la angustia y el sentimiento de la frustración. El sentimiento de la angustia ha sido profundamente estudiado por un selecto

grupo de filósofos, desde Kierkegaard hasta los actuales existencialistas, para quienes es una de las piedras clave de su sistema. Para Kierkegaard existir es necesariamente sufrir desesperación y angustia. El hombre se halla siempre en la necesidad de elegir, y para elegir, en la necesidad de arriesgarse, que le lleva a desesperarse. La angustia es deseo de lo que se teme, miedo de lo que se desea. Como la vida es necesariamente una elección, pero una elección ante muchas posibilidades, el hombre obligado a actuar, obligado a elegir, experimenta inevitablemente el sentimiento de angustia.

La angustia, en su sentido filosófico vigente —y en sus perfiles coinciden todos los filósofos existencialistas, desde Kierkegaard a Jean Paul Sartre, pasando por Nietzsche, precursor, nuestro Don Miguel de Unamuno, agonista, clarividente, Heidegger, Jaspers, Marcel, etc.,— se origina esencialmente en todo ser humano puesto en presencia de una alternativa dramática cuyo origen, cuya raíz está en él mismo, y de la cual depende su destino.

Esta definición de la angustia se ajusta a la verdadera disyuntiva en que la civilización occidental se ha puesto a sí misma. En su interior, como en el íntimo recinto de cualquier conciencia individual, se debate un conflicto entre dos series de instintos opuestos: el instinto de conservación, el instinto de vida, que es constructor y lo que Freud analiza bajo el título de instinto de muerte, instinto de destrucción, que es también de agresividad. El mundo de hoy se encuentra, pues, ante la dramática opción de forjar su propio aniquilamiento o su propia salvación con medios que él mismo ha descubierto. Los pasmosos descubrimientos de la física nuclear han planteado al mundo moderno esta angustiosa alternativa y la conciencia humana se ha conmovido, como antes conmovieron las explosiones los cimientos de Hiroshima. Del crecimiento vertiginoso de la ciencia en nuestros años da idea este simple hecho: La delegación francesa a la reciente conferencia atómica de Ginebra iba presidida por Francis Perrin, uno de los mejores físicos del mundo. Pues bien, su padre, Jean Perrin, fué de los sabios que tuvieron que defender la realidad de la existencia del átomo, atestiguándolo con sus experiencias. Su famoso libro "*Los Átomos*" sólo data

del año 1913, plazo que ha bastado para pasar del descubrimiento del átomo a la era nueva que su descomposición ha abierto en la historia del hombre.

La magnitud del peligro que ofrece el uso de estas nuevas fuentes de energía, al plantear la angustiada disyuntiva, ha desvelado a las mejores mentes del mundo civilizado. Casi desde su lecho de muerte, Alberto Einstein, padre de la física nuclear, lanza un patético llamamiento que es casi confesión de remordida culpabilidad. Oppenheimer, otro gran sabio, se deja desposeer de sus cargos oficiales por reconocer implícitamente que su conciencia le impidió colaborar en el descubrimiento de la nueva bomba de fusión. Desde su insobornable liberalismo individualista, Bertrand Russell publica un documento que es toda una condenación de la ciencia moderna. En estas altas cimas del pensamiento humano no ha hecho más que borbolar aparatosamente la angustia que ya hervía en la sangre y en el sueño de millones de seres. Pero todos estos gestos airados o contritos son casi de ayer mismo. Como siempre, adivinando el seísmo, percibiéndolo por los misteriosos signos que sólo alumbra el sentido poético, que es sentido profético, un gran poeta español, desde el año 1946, había lanzado su grito desgarrador. En el prólogo de su libro *"Todo más claro"*, publicado en Buenos Aires en 1949, pero recogiendo poemas fechados desde 1937 a 1947, Pedro Salinas, muerto en Boston el 4 de Diciembre de 1951, nos hablaba ya del "ciudadano civilizado de nuestros días, heredero directo del siglo de las luces e inventor de la electricidad, que se dispone a transmitir, con una leve presión digital, y como el que no quiere la cosa, el impulso que haga trizas a todo Cristo y a todos los cristianos; con los infieles, por supuesto, de propina." Y añade: "Las angustias arremeten por muchos lados. Ahí están las mías en este librito, para el que no se quiera cerrar a verlas".

En este librito, entre otros, se inserta un angustiado y angustiante poema, bellísimo de imágenes, que se titula "Cero". El cero que cae del cielo es la bomba atómica. Ni una sola vez se la designa por su nombre "para que el lector lo sienta decir dentro, mudo, callado, avergonzadamente, igual que nombre de

pecado que no se atreve ni a nombrarse asomando a la luz de los labios". La bomba cae:

.....
*en donde el cero cayó
el gran desastre empezaba.*

Siento mucho no poderlo leer. No lo permiten ni su extensión ni el tiempo de que ya dispongo. El cero al caer deja detrás ruina y destrucción. Y acaba el poeta:

*Hay un crucifijo que agoniza
en desolado Gólgota de escombros,
de su cruz separado, cara al cielo.
Como no tiene cruz, parece un hombre.
Pero aúlla un perro, un infinito perro
—inmenso aullar nocturno ¿desde dónde?—
voz clamante entre ruinas por su Dueño*

Pedro Salinas es también autor de una novela "*La bomba increíble*" en que apunta igualmente su angustia ante la destrucción. Se trata del relato o fabulación de unos sucesos ocurridos en un país imaginario, llegado al paroxismo del progreso, cuya tranquilidad, consagrada al culto idolátrico de la ciencia y sobre todo de los medios más modernos de destrucción, se ve sacudida por la aparición de una bomba misteriosa, misteriosa por su origen y por su naturaleza. Nadie acierta a descubrir quién la trajo y qué contiene. Después de muchos infructuosos intentos, pues la bomba ni pesa ni se deja medir por ningún instrumento, un sabio obcecado la apuñala siete veces. Por las siete llagas comienzan entonces a brotar unas burbujas que estallan en los aires profiriendo quejidos y ayes tan lastimeros que enloquecen y matan a cuantos los escuchan. Poco a poco las oleadas de burbujas gemidoras invaden el país entero, obligan a evacuarlo, llegan hasta el mar y se vierten por encima del oleaje. Pero su efecto sólo lo perciben los hombres y las máquinas, que se paralizan a su contacto. Los animales permanecen incólumes, liberados en la alocada huída de sus amos. Aquellas quejumbres eran como los lamentos de los millones de seres que las guerras habían exterminado. Tan sólo quedan en el país una joven de candor inocente y corazón sencillo y su novio, un pacifista encar-

celado por sus ideas. La joven, Cecilia, con instinto adivinatorio, decide acudir al lugar donde la extraña bomba continuaba lanzando sus pompas quejumbrosas. Se acerca a ella, presiente el dolor inmenso que aquel artefacto simboliza y con arranque generoso lo estrecha tiernamente y lo acuna entre sus brazos. Una última queja, débil, tiernísima, como vagido de criatura, se exhala de la última herida de la bomba, que se desvanece sin dejar huella. La joven, entonces, se une a su novio y —concluye el poeta— con el vértice de sus corazones van abriendo vía al sueño de una humanidad donde el morir jamás le venga al hombre de mano de hombre; sólo de la voluntad de la Muerte. Hacia un mundo sin el ¡ay! desgarrador de Abel.

EL COLOR DE LA AURORA

No podríamos cerrar esta velada dejando en vuestros espíritus el amargo regusto de estas facetitas del dolor o del penar humano que se hincan dramáticamente en la conciencia del mundo de hoy. Por fortuna, apuntan ya por el horizonte signos de un mundo mejor. Las mismas condiciones que han creado los adelantos de la técnica actualizan nuevamente sueños grandiosos que estaban soterrados. El viejo espíritu liberal de Europa, genuino transmisor de las mejores esencias de nuestra civilización, de esa rara flor de la cultura que se llama la tolerancia, y que nunca había enfundado sus armas, se apresta otra vez a incruenta batalla para conquistar los corazones de todos los hombres de buena voluntad. En torno a una mesa conciliadora los sabios de todo el mundo han cambiado en estos días los secretos de sus conquistas para poner al servicio de la paz las nuevas formas de energía.

Hace poco tiempo, en una reunión diplomática, comentando los difíciles trances del mundo, Oliveira Salazar decía con humor:

—“Todos los animales han enseñado algo al hombre; el águila, a volar; el cangrejo, a llevar armas; la ardilla le ha enseñado el ahorro... Sólo la paloma no le ha enseñado nada todavía...”

Tal vez sea posible que la tímida avecilla enseñe algún día al hombre el valor renovado de su clásico símbolo eterno. Unidos para fines concretos de cooperación pacífica —el “pool” del carbón y el acero— un grupo de naciones europeas de alta cultura nos dan ahora una feliz prefiguración de unos Estados Unidos de Europa, el bello sueño al que infundiera su poderoso aliento aquel gran espíritu liberal que se llamó Aristides Briand, pero que ya había apuntado en el siglo pasado en los escritos de Montesquieu y hasta Balzac nos habla de “la gran familia continental”.

Una voz excepcional se ha alzado en estos meses para prestar su valiosa cooperación a la causa de la paz, a la pacificación del mundo. A fines de 1954 el gran historiador inglés Arnold Toynbee ha publicado los cuatro últimos tomos de su monumental historia. Toynbee ha vuelto a actualizar un concepto espiritualista de la civilización. Los últimos volúmenes de su obra están dominados por la afirmación de que la religión, la creencia religiosa es no solamente una guía o una inspiración para la sociedad, sino su misma razón de existencia. “Yo no creo —nos afirma— que las civilizaciones tengan que morir... La civilización no es un organismo. Es un producto de voluntades”. Toynbee está seguro de que la existencia de un futuro estado universal —un solo gobierno sobre todo el ancho mundo— es consecuencia ineludible de la tecnología moderna. Su única pregunta es: ¿advendrá por la paz o por la guerra? Pero piensa que un espíritu inteligente trabajará siempre por una pacífica coexistencia. Una noche, en sueños, nos refiere el sabio profesor inglés, vió cómo sobre el altar mayor de la Abadía benedictina de Ampleforth, en Yorkshire, colgaba un hombre. Se prendía precariamente del pie de un crucifijo, mientras una voz resonaba en el templo: “Amplexus expecta” —“Sigue colgado y espera”—. El hombre del sueño era el propio profesor, y su visión nocturna tiene en sus propias palabras esta pacifista interpretación: El Occidente, el mundo occidental, la civilización occidental, que él llama post-cristiana, o ex-cristiana, porque el occidente comenzó a divorciarse de la cristiandad en el siglo XVII, asido con sincero fervor a sus creencias, debe también esperar, empleando un severo control de sí mismo, paciencia,

entereza y tolerancia. Los Estados Unidos dirigen, en efecto, la mitad del mundo; Rusia gobierna la otra mitad. Dejémosle seguir en esta pacífica partición del “*oikuméne*”, del mundo habitado, y esperemos que el tiempo juegue su carta decisiva. Roma y Partia —dos grandes colosos del mundo antiguo— vivieron seiscientos años en una paz relativa, que comenzó unos veinte años antes de Cristo. Los dos colosos de hoy —Estados Unidos y Rusia— pueden muy bien arrellanarse uno junto al otro para vivir y dejar vivir, tornándose cada día menos diferente el uno del otro. El mundo ha creado ya los medios tecnológicos necesarios para abolir la pobreza y hora es de que todo el género humano —el “*homo faber*” vuelto otra vez “*homo sapiens*”— pueda gozar de los espléndidos frutos de la civilización.

Un bello poema de Paul Eluard, el poeta que hoy nos ha llevado como un moderno Virgilio por uno de nuestros círculos dantescos, acaba así:

“Tout a la couleur de l'aurore”.

Confiemos en que la nueva aurora disipe con su fulgor los monstruos que, en decir de Goya, produce siempre el sueño de la razón. “A veces, nuestro destino se parece a un árbol frutal en el invierno, escribía Goethe. ¿Quién va a pensar ante su triste aspecto que esas rígidas ramas y espinosas ramillas reverdecerán con la primavera, florecerán y hasta darán frutos?” Sin embargo, todos lo sabemos. No perdamos, pues, amigos, el sostén de toda adversidad: nuestra esperanza.